

armas suben hasta Reyes, que es la dignidad más alta que hay en el mundo.

Los Indios aunque eran reputados por gente bárbara y de poca policía, aunque en otras cosas no se aventajaban, á lo menos en conocer que la principal gloria de los hombres se alcanzaba por las armas bien lo conocieron, pues eran aventajados los que en ellos se señalaban, dándoles ornamentos é insignias de más principales; mas aunque lo que queda dicho en el capítulo pasado bastaba para prueba desto, yo quiero en este que tengo entre manos mostrar cómo entre esta gente habia orden de caballeria que imitaba á la que hoy guardan los cristianos, y por ventura será una lección de las agradables que se habrán leído en estas mis repúblicas, y el cuento pasa desta manera.

Tenian los Indios de la Nueva España cierta orden de armar caballeros, señalándoles á los que merecian este título insignias y hábito particular, y estaban obligados á guardar lo que prometian al cabo del año de su noviciado, que sin duda á esto iban encaminadas ciertas ceremonias que hacian.

Era esta dignidad la más principal después de la del Rey entre ellos, y llamábanse los tales caballeros Tecuytles, derivado deste nombre

CAPITULO XI

De la orden de caballería que tenían los Indios de la Nueva España, con otras cosas curiosísimas al propósito.

Dos cosas comunmente hacen famosos á los hombres, que son las letras y las armas, y así á solo estos dieron los antiguos títulos nobles é inmortales.

A los letrados llamaron filósofos y sabios, y hallaron para ellos títulos y grados, como son bachilleres, licenciados y doctores.

Para los que siguen las armas también hallaron epítetos y títulos de gloria, como caballeros, gentiles hombres, mariscales, condes, vizcondes, marqueses y duques, y en fin por las

Tecuytli, que era la orden como digamos de Santiago ó Calatrava.

Eran grandes las ceremonias que se hacian con estos caballeros noveles, cuando eran recibidos al hábito y profesión.

Cuanto á lo primero, dos ó tres años antes que viniesen á la caballería, eran convidados y llamados todos los deudos y parientes y amigos del que iba de recibir la caballería y así mesmo á los caballeros de aquel hábito, y á los altos y ricos hombres del reino; porque todos eran comunmente profesos en este instituto.

Juntos todos, tratábase de cómo quería recibir á su caballería cierto hombre noble y principal (porque si no era de todos cuatro costados ilustre no lo recibían) y que todos dijesen si les parecia que convenia para recibirlo á la caballería, y que señalasen dia para cuándo se habia de comenzar aquel ministerio.

Esto del dia hacíaese porque no fuese dia aciago ni sospechoso; porque era esta gente muy supersticiosa y agorera.

Señalado el dia y aprobado el gentilhombre para la caballería, juntábanse los señores y caballeros del hábito, y toda la parentela y amigos y con mucha orden lo llevaban al templo principal del ídolo llamado Camastle; porq ue á

este dios tenían por patrón y abogado de toda la república y subíanlo por ciertas gradas hechas para este propósito, hasta llegar al altar y allí paraban todos, y poníanse de rodillas delante de aquel dios.

El caballero novel tenia lugar señalado en medio de todos y allí puesto de rodillas con gran humildad hacia oración.

En tanto salia el Pontífice ó el gran sacerdote que ellos tenían vestido de pontifical y traía en la mano un hueso de tigre ó águila muy agudo, hecho aposta para el tal menester y horadábales las narices, y poníale en los agujeros unas pequeñas piedras negras.

Esto hecho, luego comenzaban á afrentarlo de palabras, y á decirle lo que no hizo ni jamás pensó, de manera que le daban vejamen como á nuevo doctor; allende de estas afrentas que le decia, le hacia otra mayor, porque lo desnudaba en carnes, no dejándole más que sus bragas ó paños honestos.

Hecho esto, el caballero novel se iba de allí á una sala ó pieza del templo, donde velaba ciertos dias y noches sin dormir sino ciertos pequeños ratos, y entonces asentado y no echado.

Todo su oficio en aquellos dias no era sino

rezar y estar muy devoto, y siempre asentado en el suelo.

Este día cuando se comenzaba á celebrar la caballería, tenían aparejada gran comida para los convidados que vinieron al acompañamiento, y allí, según la calidad de las personas, estaban ordenados los asientos, según sus costumbres, y habiendo comido, se iban á sus casas cada uno, sin hablar palabra al nuevo caballero.

Petate, qué es.

Venida la noche, los sacerdotes comunes de aquel templo le llevaban unas mantas bastas y groseras y de poco precio para que se vistiese, y poníanle una estera muy ruin, que ellos llamaban en su lengua Petate, para en que durmiese, y poníanle un pedazo de madero por almohada, y otro por silla en que se asentase; traíanle también unas espinas tan agudas como alesnas, que salen del árbol llamado Maguey, para que se punzase la lengua, y labios, y orejas, y los molledos de los brazos y otras partes del cuerpo, y así les saliese de todas esas partes sangre para sacrificio de sus dioses.

Poníanle un brasero con su lumbre é in-

cienso, para que de rato en rato incensase y perfumase á los ídolos.

No estaba nadie con él, salvo tres viejos, de los más valientes que hubiese habido en todo el reino, para que estos, como hombres prácticos en las armas, lo enseñasen y le diesen lección cómo habia de menear las armas y seguir la guerra.

Si se dormia en aquellos dias demasiado, aquellos viejos lo punzaban con aquellas espinas, y así lo despertaban.

Era obligado á media noche levantarse é incensar por su orden todos los ídolos que estaban dentro del templo, y á ofrecerles algunas gotas de sangre de aquellas partes adonde se heria con las puntas.

Andaba cada dia todo el patio del templo una vez alrededor.

Cavaba con un palo tostado en cuatro partes del templo por igual medida, y en los hoyos que hacia enterraba ciertos pedazos del papel que ellos usaban, los cuales iban bañados de la sangre que habia derramado.

Hechas estas ceremonias y sacrificios, dábanle de comer, porque antes de haber hecho todo esto no comia ni se desayunaba, y lo que comia entonces era muy poco, porque no le daban más

que cuatro bollos ó panecitos pequeños de maíz y un vaso de agua.

Algunos destes eran tan devotos que se estaban sin comer cuatro días.

Pasados cuatro días, pedia licencia á los sacerdotes ordinarios para volver á hacer aquella mesma penitencia, porque este era el tiempo limitado de aquel que estaba en el noviciado; pero no hacia los sacrificios y aquella penitencia en un sólo templo, mas iba de uno en otro, y acabados los otros cuatro días, ó volvía al primero, ó iba al que más devoción tenía, y en esto gastaba todo un año, como año de noviciado entre frailes.

Pasado el año, aguardaban un día alegre y que no fuese aciago ni tuviese señal de mal agüero, y juntábanse los mesmos que fueron convidados el día que vino á tomar el hábito de la caballería, y juntos en el templo, lo primero que hacían por la mañana era lavarle y limpiarlo, y después llevábanlo con mucha música y regocijo al templo mayor de la ciudad, y subíanlo hasta el altar, como cuando vino la primera vez, y allí era desnudado del hábito grosero y pobre, y estando casi desnudo para comenzar á armarlo caballero, lo primero que hacían era cogerle los cabellos y atárselos al colo-

drillo con una venda de cuero colorado, de la manera que nuestros españoles prenden los suyos.

Poníanle en el fiudo que le daban unos penachos ó plumas, cubríanlo con una manta muy rica, que era la vestidura más preciosa de que ellos usaban, y encima de aquella primera manta le ponían otra más fina y rica con muchos colores y pinturas diversas, y esta era como la insignia y hábito de caballería.

Dábanle en la mano izquierda un arco y en la derecha una flecha; haciale el gran sacerdote (que era el que le daba la profesión) una habla muy ordenada exortándole á que considerase la caballería en que entraba y la profesión que hacia, y que, por tanto, trabajase de se aventajar siempre á todos los otros hombres en ser defensor de la patria y en mirar por la religión y templos, y que por la honra de sus dioses muriese, y que fuese valiente y animoso como Aguila y Tigre en las guerras, y que por lo tanto le habían agujereado las narices con el pico del Aguila y hueso de Tigre, porque tuviese vergüenza de hacer cosa mala, pues ya en el hábito y nombre excedía á todos los otros, y que así como el Aguila excedía á todas las otras aves, y el Tigre á todos los demás animales de

la tierra, así él fuese más aventajado entre todos los otros hombres.

Persuadíanle á que fuese generoso, liberal y franco, bien acondicionado, muy cortés y humilde y llano.

Finalmente le daba otro cierto nombre, mudándole el primero, como acá lo usamos los monjes cuando damos la profesión al novicio, y esto se hacia con otras ceremonias particulares ya ordenadas para esto.

Hecha esta plática, bendecía el gran sacerdote al nuevo caballero, y decíale que se fuese con Dios.

Luego acabada la solemnidad, estaba aparejada una gran comida, en la cual se servían todas las aves que podían ser habidas humanamente por toda la tierra.

La comida era en el patio del templo, y allí se sentaban por su orden todos los principales; los demás tañían y cantaban, y hacían otras representaciones de mucho regocijo.

El nuevo caballero Tecutl tenía grandes joyas y mantas aparejadas para dar á todos los grandes señores y caballeros de su hábito que habían honrado la fiesta, y así era franco y liberal, según que era poderoso y rico.

En los agujeros que le había hecho el gran

sacerdote con el pico del Aguila ó el hueso del Tigre, ponía ciertas joyas, como las mujeres las ponen en las orejas, en la cual señal era principalmente conocido ser caballero Tecult.

También cuando iba á la guerra era conocido en el ejército, porque solos los deste hábito se ataban los cabellos en la coronilla, haciendo dellos una guedeja ó borla.

Tenían estos caballeros grandes preeminencias entre los otros nobles, porque en cualquier lugar público tenían los asientos primeros y más honrados, y cuando se pedía en el ayuntamiento que el Rey juntaba para hacer alguna cosa voto, ellos daban el primero, y después entraban los otros votantes.

Podían traer un paje detrás de sí que les llevase una silla para asentarse adonde quiera que quisiesen, lo cual era señal de mucha honra y preeminencia.

los Reyes gente ejercitada y diestra en las armas.

Y pues hemos tratado en este propósito de las cosas de la Nueva España, verná bien aquí decir algo del reino del Perú.

Cuanto á lo primero, diré qué orden se tenia en hacer la gente de guerra.

Todos los pueblos que eran algo tenían capitanes y otros oficiales de guerra, que eran como maestros, para que los que habian de seguir las armas fuesen amaestrados de ellos; estos tomaban los niños de diez años hasta dieciocho, y en cierta hora señalada del día les enseñaban á reñir de burlas entre sí, y dábanles armas acomodadas para esto, para que las meneasen y se ejercitasen en ellas, y hacíanles acometer muchas cosas porque se animasen y no temiesen, perdiendo el temor por aquella vía.

En esto miraban los maestros cuáles había osados, cuáles desenvueltos y aficionados al tal ejercicio, y también quiénes se mostraban cobardes y pesados.

Esto hacian para escoger los mejores, porque confiados dellos pudiesen acometer sin miedo á sus enemigos.

Quando ya eran amaestrados y eran desenvueltos en jugar de las armas, eran llevados

CAPITULO XII

Del orden militar y ejercicio de guerra que tenían los del reino del Perú, con otras cosas dignas de ser sabidas.

En ninguna provincia y reino de todas las Indias Occidentales se halla que se tratasen las cosas de la guerra con tanto primor y curiosidad como en el reino del Perú, porque quando nuestros españoles fueron á conquistar aquel nuevo mundo, nunca hallaron tanta disciplina militar ni tantos aparejos de guerra como en el reino de los Ingas, porque se tenia particular cuenta en cuanto tener fronteras y capitanes de gente de guerra continua y con sueldos largos, para que siempre que hubiese guerra tuviesen

delante del Rey y hacían muestra, así de su disposición y desenvoltura, como de lo que habían aprendido.

Y el Rey, viendo la buena manera de aquellos mozos y cómo daban esperanzas de valerosos, mandaba que fuesen señalados y llevasen premios y sueldo y los tratasen bien, porque se hiciesen hombres robustos y que gozasen de privilegios de soldados.

Tenían también otra manera de probar los niños en las cosas de la guerra para ver lo que serían después, y era esta después que habían allegado á los dieciocho años, poníanlos delante del capitán general ó de aquel maestro que tenía cargo de enseñarles, y decía á uno que tenía alguna maza ú otra arma: «Vé y márame aquel muchacho», y él iba, y si aquel otro muchacho, cuando veía que le querían herir, rehuía la cabeza, luego era apartado y señalado para labrador.

Mas el que no rehuía, mas antes acometía al que lo amenazaba con la arma, luego le dedicaban para la guerra, y mandábanle que de allí adelante no se ocupase en otro ejercicio, y desde luego era hijodalgo y gozaba de los privilegios militares.

Por la diligencia que los Reyes tenían en

buscar la gente de guerra con tanto cuidado, tenían grandes guarniciones y capitanes de gente de guerra.

Todos los privilegios y exenciones que tenía la gente de guerra, era á costa del Rey, y cuando movía alguna guerra, él pagaba de su tesoro todo lo que en ella se gastaba sin pedir á su reino un grano de maíz.

Tenían, para que en esto no hubiese falta, los Reyes un orden maravilloso y digno de ser sabido, y era éste:

Tenían de antiguo los Reyes Ingas en los cerros muy altos y en otros lugares acomodados que correspondiesen á las provincias de sus reinos unas casas, á manera de casas de campo adonde se conservasen y guardasen todos los mantenimientos, que para la casa real se cogían, ó fuesen de tributos, ó fuesen de las mismas rentas reales.

Estos eran como depósitos ó alhóndigas muy grandes y muy capaces adonde cabía infinidad de maíz, y otras semillas de que aquella gente se mantenía; había así mesmo depósitos de sal y de carne seca y curada, como digamos cecina, y pescado de mil maneras conservado.

En fin, ninguna cosa había de comer en la provincia y región que no se guardase en sus

lugares públicos, y esto en grande abundancia.

Habia así mesmo otros depósitos de ovejas y carneros para comer y también para llevar cargas, porque aquellos animales son grandes y pueden llevar alguna poca de carga.

Habia señaladas casas adonde tenían mucha lana y algodón, así en pelo como hilado.

En otras partes tenían ropa hecha, como camisas á su modo y mantas labradas de diversos colores.

Tenían otras muchas jarcias necesarias, como sogas, zapatos y alpargatas que ellos hacían.

No sólo había vestidos para hombres, mas para mujeres, y así había unos ricos y otros medianos, para dar á cada uno según su valor y merecimiento; tenían depósitos de toldos ó tiendas de campo labradas de diversas maneras, para que los ejércitos tuviesen adonde guardarse de las tempestades del agua, nieve y granizo y de la furia del sol.

Todo género de armas había y cada uno en casa particular, de manera que no se embarazaban los honderos con los ballesteros, ni los que usaban de arcos con los que traían mazas y porras hechas de cobre y de palo muy duro.

Tenían colores y plumajes para pintarse y aderezarse para salir al campo cuando venía el

enemigo, para que con las espantables formas que representaban, los contrarios los temiesen.

De manera que ninguna cosa faltaba en estas casas para la provisión que habían menester los que seguían la guerra.

Cada una alhóndiga de estas estaba puesta en lugares cómodos adonde, ó estaban en fronteras, ó á cerca adonde se daban las batallas, porque así no faltase nada á los que peleaban en pro de la patria.

Las mazas, que era arma terrible, ó eran de cobre ó plata, y eran á manera de estrella unas y otras con unos pomos como de espadas.

Estas traíanlas atadas por medio del brazo y también tenían hachuelas con que herían cruelmente, también tenían diversas armaduras para lo más del cuerpo y muchos hombres poderosos las hacían de oro.

Las causas porque movían guerra estas gentes era, ó porque algunas provincias se quejaban de la mala vecindad que les hacían otros que no eran sujetos al imperio de los Ingas, ó porque otros que eran sujetos se rebelaban, y estas eran las ordinarias.

También acaecía que estos príncipes, como eran poderosos, querían ensanchar su imperio.

Antes que hubiese Reyes Ingas no eran las

guerras en aquella tierra por cosas árduas, y así no eran crueles ni muy sangrientas, porque todas sus contiendas eran por las aguas y campos que les quitaban los vecinos de un pueblo, que era más poderoso que el otro, y así como eran poco revoltosos los que podían menos, no hacían sino fundar sus pueblos en lo alto y hacer casas fuertes como ellos sabían, y allí se acogían cuando venían los enemigos.

No tenían armas terribles, solamente acometían con hondas y defendíanse con rodelas,

Los que vivían en los llanos todavía tenían más primor y sabían hacer mal á quien los enojaba, pero todo esto se puso en más perfección cuando se gobernó por Reyes.

Cuando la provincia contra quien se quería hacer guerra era pequeña, enviaba el Rey un pariente suyo por capitán general, pero si era grande, él iba en persona á dar la batalla.

Había gran disciplina militar, todos eran muy sujetos á los capitanes y á los menores oficiales.

Aunque fuesen cincuenta mil hombres de pelea ninguno se atrevía á salir del camino ni entraba en pueblo ni casa, mas todos se aposentaban el campo, y si convenía por algún respecto entrar en los pueblos todos, se iban á

las plazas y nadie entraba en casa ajena, y aunque viniesen fatigados y muertos de hambre, ninguno se desmandaba á tomar un pollo ni aún tan solamente un grano de maíz ú otra cosa que fuese de comer sin voluntad del dueño, pero no era necesario hacer ningún desafuero, porque el Rey enviaba delante oficiales que sacaban de los depósitos todo lo necesario, y lo guisaban y repartían por las escuadras y capitánías; esto mesmo se guardaba en proveer de vestido y calzado y tiendas, de manera que cuando llegaba el campo á su alojamiento, sin ningún ruido se iba cada uno á su puesto, en todo había extremado orden, nadie se desmandaba, todos eran corteses, no había hurtos ni robos, porque cualquiera que cometiera algún delito, por pequeño que fuera, era castigado severamente; esto procedía de la gran sujeción que tenían comunmente á sus Reyes y señores.

El orden que tenían en el acometer á los enemigos, era este: primeramente acometían con hondas, porque en esta máquina eran diestrísimos, y así hacían gran estrago en los enemigos, y después, como se iban acercando los enemigos, tiraban sus flechas, y al cabo venían á las manos y usaban de las porras y hachetas.

Si la gente contraria y que tenía culpa y había dado ocasión á la guerra venia á pedir paz con humildad y satisfacía la injuria, luego era perdonada y trataban de concordia, y á los que hacian guerra nunca los destruian, mas en sujetándolos, los dejaban como si fueran amigos.

Y si alguna vez se desmandaban, tomábanles algunos de los vencidos para esclavos, pero no eran tratados con rigor, antes los diferenciaban poco en el tratamiento á los demás del pueblo.

No eran crueles contra los enemigos, ni se holgaban de matar, ni hacer en ellos crueldades después de vencidos, antes con mucha facilidad se aplacaban y perdonaban la injuria después que habian salido vencedores, por esta manera de pelear, y por el buen orden que había en los capitanes, venian comunmente á ser vencedores, y así los Ingas desde el primero hasta que nuestros españoles fueron, jamás perdieron batalla notable, antes siempre salian vencedores y quedaba por ellos el campo.

CAPITULO XIII

De la orden de caballería que había en los reinos del Perú, y cómo eran armados caballeros.

Aunque es verdad que en el capítulo pasado pudiera haber lo que ahora diré, todavía me pareció que el lector gustaría más de ver aparte esta elección tan gustosa, que no revuelta con lo que queda dicho, aunque parezca que toda era una cosa, yo dije sino me engaño en el capítulo décimosexto cómo en las Indias de la Nueva España hubo orden de caballería y que no se daba á gente que no fuese principal é ilustre y que el que era caballero con la cere-